



Mesa para diez

Catalina Cingolani

Los dos gordos charlan en la mesa del comedor. Se ríen, escupen y de tanto en tanto se miran. Hablan. No sé de qué cosa. El vino vacío, restos de salame y escabeche de carne. En este lugar nadie fuma. Es malo, me dijeron, hay reglas. Los dos gordos chorrean sobre unas sillas anchas, enormes, blancas, de madera tipo inglesa pero truchas. La mesa, de iguales condiciones, tiene ocho lugares desocupados, impregnados de transpiración y exceso. Debajo de la mesa hay un chico, en apariencia rudo, algo fornido y con cara de prótesis. Él sí escucha con atención lo que los gordos dicen, lo que los gordos miran, lo que los gordos comen. No puede faltarles nada. En este lugar a ellos no les puede pasar nada. El chico los cuida. De pronto mi voz interrumpe los ojos tarados del chico. Le susurro.

-: Ey chico, date la vuelta. Date la vuelta, chico.

El chico gira hacia el lado del gordo más gordo.

-: No, para el otro lado, estoy acá. Me escondí.

El chico me mira.

-: Esta es una mesa para gordos, no hay lugar - me largó con un hilo de voz áspera y una mirada de actor de reparto.

-: Chico, ¿me puedo sentar?.....Ey chico, ¡te dije si me podía sentar a la mesa!

-: Ya te dije que no hay lugar. Te van a escuchar.

Entonces los gordos advierten algo y miran hacia los costados y hacia arriba. No se desconciertan. Pero miran. Uno: derecha. Dos: girar el cuello hacia la izquierda. Tres: levantar la vista

hacia el techo. Uno, dos, tres, como una clase de aerobio. Ellos siempre empiezan mirando hacia la derecha. Y siguen comiendo.

-: No me escucharon, chico.

-: Ellos nunca miran debajo de la mesa.

-: ¿Quiénes son?

-: Mi mamá y mi papá - me dice el chico inclinando levemente la cabeza.

-: Cuál es cuál. Señalalos.

El chico estira el brazo y con el dedo anular marca a uno y a otro.

-: ¿Cómo sabés?

El chico parece avergonzarse. Se queda en silencio. Me clava los ojos. Después se toca los genitales compulsivamente.

Ahora los gordos están en silencio. Desde donde estoy no puedo ver qué mira cada uno. Una de las manos agarra un vaso y vocifera que no hay más vino. El chico sale corriendo y trae una botella. La abre, la pone sobre la mesa y vuelve a meterse debajo. Se sienta con las piernas estiradas. Entonces veo que de entre las piernas le sale algo. Es una raíz. Pequeña y nueva. El chico hace muecas de dolor. La raíz brota un poco más. El chico exhala. Parece que no le duele más. Le llega hasta la rodilla. Es amarilla. Tiene ampollas. La raíz empieza a moverse y se forma una especie de cabeza. La cabeza gira y lo mira desde abajo.

-: Tengo un gusano, me dice riéndose.

Los gordos prenden el televisor. Me parece que están dando una película yanqui. Cambian de canal. Uno de los dos se queja e insulta al otro. Empiezan a cambiar de canal sin parar. Se escuchan voces que vienen del parque. Gritos. Risas. Alguien está corriendo y se ríe. Una nena.

-: Tengo un gusano - me dice de nuevo el chico - es mi amigo.

-: ¿Cómo se llama?, le pregunto.

-: Tiene un nombre muy largo, a veces me lo olvido.

-: ¿Él te lo dijo?

-: No, se lo puse yo. Le voy agregando palabras. Ayer le agregué unas cuantas más y hoy no me acuerdo de las del medio. El primer nombre nunca lo cambio, pero como agregó palabras al final, las del medio se me confunden.

-: ¿Yo le puedo agregar?

-: Depende.

-: Mi bemol mayor. Me gusta esa tonalidad.

-: Está bien: ¡*Quaid Douglas* nunca fue a Marte.....mi bemol mayor! Te dije que lo del medio nunca me lo acuerdo. Tenés una voz rara, ¿sos una chica?

La conversación podía seguir así durante horas. Pero inmediatamente la di por terminada cuando los gordos se levantaron para ir a dormir la siesta. El chico se quedó debajo de la mesa. Ahora había diez lugares desocupados. Pero yo entendí que allí nunca podría sentarme.

Al día siguiente los dos gordos se subieron al auto y fueron a dar una vuelta al perro. La casa quedó vacía. Cerrada. Los diez lugares de la mesa, desocupados. No sé dónde estaba el chico, sólo se oía su voz algo lejana pero inconfundible, que tarareaba una canción. La melodía se expandía por la casa como polvo, y entonces resultaba extraño no escuchar las voces de los gordos o el televisor o acaso las escupidas. Yo miraba la mesa de reojo como quien no quiere la cosa y me invadía una sensación de libertad pocas veces experimentada. Adrenalina pura. Ansiedad y tranquilidad al mismo

tiempo. Es más, hasta me animaría a decir que la casa olía a menta y que me era confortable estar allí. El comedor estaba a oscuras. Los muebles proyectaban sombras deformes sobre las paredes altas y despintadas a causa de la luz que entraba por un agujero en la persiana de la ventana lateral. En el medio, la mesa vacía parecía más pequeña y encastrada en el suelo, bien parada, es decir, ubicada en su lugar. Paz. En ese momento decidí que las sillas podían tener un nombre. Esta necesidad de nombrar las cosas, de darles entidad y hacerlas especiales, siempre fue mi fascinación. De chica bautizaba todo con alguna palabra que se me ocurría, a veces, incluso, sin darle demasiada importancia a su valor semántico. Aunque en general trataba de que lo tuviese. Cuidado que no era un trabajo así nomás. No, todo lo contrario, era una técnica, desarrollada y reflexionada, una actividad que requería de análisis de campo. Digamos, por empezar, que si las cabeceras se hallaban a mucha distancia, o si casi tocaban la pared, o si además estaban más desgastadas que las otras, tendrían algún nombre que de algún modo u otro remitiría a esas características. Lo mío era simple. Pero peligroso. Entonces me quedé parada en la penumbra, al costado de la mesa, mirando las sillas, como una sombra más. En eso los gordos volvieron. Escuché el ruido del motor del auto que se acercaba ligeramente, y me escondí. El chico apareció en un segundo y se metió debajo de la mesa. Dejó de cantar y todo retomó su ritmo inicial. Los gordos tenían hambre y cara de aburridos. La vuelta al perro no les había servido de mucho. Los ojos aún estaban semivivos, muy blancos y cronometrados, y se movían a intervalos elegidos, como si te sacaran una foto con flash cada vez que te miraban.

-: Chst..., me llamó el chico.

-: ¿Qué?

-: Escondete mejor que ahí te van a ver. No quiero que se enojen.

-: Si me decís el nombre de la canción que cantabas, me voy a otro lado.

-: No sé cómo se llama, es la música de *Poltergeist*.

Me metí entre unas mantas para perros que encontré debajo de un ventiluz roto y hermético. Uno de los gordos prendió la luz del comedor. El otro abrió y cerraba la puerta de la heladera. Me dormí. Y soñé.

Soñé conmigo misma adentro de esa casa. En el sueño vivía allí y era feliz. Había muchas luces de colores, brillantes y permanentes, que salían de las paredes y del techo. También podía fumar tranquila sin que nadie me dijera nada. Tenía un gusano amigo, cien palabras diferentes para nombrarlo y un lugar en la mesa para diez. Es más, en el sueño era la dueña de la cabecera.